

¿BENEFICIOS O GLORIA?

El vigésimo octavo día de Elul de Arik Sharon

«Rien pour la gloire! ¡La gloria no reporta beneficio alguno! ¡Paz en todas partes y siempre! ¡La guerra reduce las cotizaciones el 3 y el 4 por 100!» podía leerse en la pancarta de la Francia de los corredores de Bolsa.

Karl Marx, *La lucha de clases en Francia*

Cuando Ariel Sharon y su escolta militar de 1.000 hombres marcharon hacia el Monte del Templo/Noble Santuario en Jerusalén, el 28 de septiembre de 2000 (o el 28 de Elul de 5760), provocando la segunda *intifada*, al antiguo general se le consideraba casi universalmente una vieja gloria política¹. Bien entrado en la setentena, era por entonces el presidente en funciones de un partido político de tamaño medio (pese a ser el segundo mayor del país) sacudido por la crisis, en el que el más joven y popular Benjamin Netanyahu le hacía sombra. Apenas unos meses más tarde, Sharon consiguió una victoria aplastante en las elecciones para primer ministro y, en 2003, llevó a su partido a un impresionante triunfo que duplicó su representación en la Knesset. ¿Cómo deberíamos entender esta transformación?

En *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Marx demuestra cómo, tal y como él mismo lo expresa en el prólogo a la segunda edición, «*la lucha de clases* creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe». Sin duda, Sharon no es de una mediocridad grotesca. Es un político inteligente y astuto y fue uno de los altos comandantes militares más distinguidos de Israel. Tiene una visión estratégica clara para su país, que ha aplicado con habilidad y determinación. Desde que fue elegido en febrero de 2001, se ha demostrado un dirigente muy eficaz, capaz de transformar tanto la sociedad israelí como la palestina con arreglo a modalidades que se consideraban imposibles hace sólo poco tiempo. No obstante, es posible arrojar luz sobre las circunstancias del ascenso al poder de Sharon y las políticas aplicadas por su gobierno a través de una analogía con las de Luis Bonaparte recogidas en el análisis de Marx. Tal y como yo lo entiendo, el argumento clave de Marx es que la lucha de clases en Francia se había parali-

¹ Por sus comentarios, extremadamente útiles, sobre un borrador previo de este ensayo, me gustaría dar las gracias a David Abraham, John Ehrenberg, Zeev Emmerich, Samuel Farber, Rami Kaplan, Gal Levy, Michael Shalev, Raphael Ventura, Victor Wolfenstein y, en especial, a Horit Herman Peled. Gran parte de la información y del análisis históricos para el periodo anterior a 2001 está extraída de Gershon SHAFIR y Yoav PELED, *Being Israeli: The Dynamics of Multiple Citizenship*, Cambridge, 2002. Las opiniones expresadas en el ensayo, así como los errores en los que haya incurrido, están por completo bajo mi responsabilidad.

zado a finales de la década de 1840 y principios de la de 1850, obligando al Estado, en la persona de Luis Bonaparte, no sólo a gobernar Francia, sino también a dominarla². El Estado utilizó entonces su poder para impulsar el programa político de la burguesía francesa, al mismo tiempo que rechazaba sus aspiraciones culturales y políticas liberales. (Se embarcó asimismo en una política exterior agresiva que condujo a una derrota desastrosa a manos de los alemanes en 1870.) Este fenómeno –un Estado que sirve a los intereses económicos de la clase empresarial, mientras pisotea su agenda cultural y política declarada– es precisamente lo que ha tenido lugar en Israel desde febrero de 2001.

Fases de desarrollo

Lo más desconcertante de las políticas de Sharon desde que accedió al poder no es el hecho de que su gobierno esté metido en una guerra de «politicidio» contra los palestinos³. Es, por el contrario, que esté embarcado en un embate económico contra todos menos contra los israelíes más ricos. Durante la mayor parte de su historia, Israel ha llevado a cabo una política agresiva hacia los palestinos y los Estados árabes circundantes, pero promoviendo también al mismo tiempo un sistema político-económico corporativista, concebido en parte con el fin de movilizar eficazmente apoyos para esa política, en el que el afán de lucro se atenúa ante las consideraciones nacionales⁴. Fraguado en el contexto de la lucha de los colonos con los palestinos, el Estado israelí –muy intrusista pero formalmente democrático– se dedicaba con intensidad al control y el desarrollo de recursos societales, tanto de manera directa como a través de la organización obrera paraguas, la Histadrut. Un pilar de la colonización sionista anterior a la fundación del Estado, la Histadrut, poseía también un imperio económico, que abarcaba, en su punto más álgido, empresas agrícolas, industriales, de construcción, de mercadotecnia, de transportes y financieras, así como toda una red de organizaciones de servicios sociales. Hasta la década de los noventa, este gran grupo controlaba cerca del 25 por 100 de la economía y empleaba a alrededor de un cuarto de la fuerza de trabajo. Una porción aproximadamente equivalente de la economía, más casi toda la tierra, estaba bajo propiedad directa del Estado. Durante las cuatro décadas y media de dominio laborista (1933-1977), este conglomerado

² Para un abanico de opiniones sobre la cuestión de las relaciones Estado-clase en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, véanse Bob JESSOP, «The Political Scene and the Politics of Representation: Periodizing Class Struggle and the State in *The Eighteenth Brumaire*»; Paul WETHERLY, «Making Sense of the “Relative Autonomy” of the State», ambos en Mark COWLING y James MARTIN (eds.), *Marx's «Eighteenth Brumaire»: (Post)modern Interpretations*, Londres, 2002, pp. 179-194 y 195-208, respectivamente.

³ Baruch KIMMERLING, *Politicide: Ariel Sharon War Against the Palestinians*, Londres, 2003 [ed. cast.: *Politicidio. La guerra de Ariel Sharon contra los palestinos*, Madrid, Foca, 2004]. Véase también su «De Barak a la Hoja de Ruta», *New Left Review* 23 (noviembre-diciembre de 2003).

⁴ Avi SHLAIM, *The Iron Wall*, Nueva York, 2001; Michael SHALEV, *Labour and the Political Economy in Israel*, Oxford, 1992.

desempeñaba un papel crucial en el mantenimiento de la posición privilegiada y de la hegemonía política y cultural de un gran segmento de la veterana comunidad asquenazí sionista laborista.

Irónicamente, este sector privilegiado fue el primero en empezar a presionar al Estado para que liberalizase la economía. Hacia mediados de la década de los sesenta, se había agotado la fase inicial de desarrollo económico de Israel posterior a 1948 consistente en un rápido crecimiento estimulado por la inmigración a gran escala y por las donaciones de capital recibidas en forma de compensaciones alemanas y donativos de los judíos de todo el mundo. Se desarrolló una «crisis de pleno empleo», que amenazaba con socavar el control estatal y de la Histadrut sobre el mercado laboral. El Estado reaccionó con un doble movimiento: redujo drásticamente sus propios gastos, sobre todo en la construcción de vivienda pública; y, por primera vez, abrió el mercado de trabajo «judío» a los ciudadanos palestinos. Los recortes presupuestarios sumieron la economía israelí en la peor recesión de su historia –todavía conocida en Israel como «la recesión»–, pero se produjo una rápida recuperación tras las conquistas territoriales de la guerra de 1967⁵.

La guerra de 1967 y la ocupación de los territorios palestinos inauguró la segunda fase del desarrollo económico de Israel. No sólo se expandieron de manera significativa el mercado interior y la reserva de mano de obra, con la suma de un millón de palestinos, sino que el embargo armamentístico francés, impuesto en vísperas de la guerra, dio origen al complejo industrial-militar de Israel. Las industrias armamentísticas, en su mayoría de propiedad estatal o de la Histadrut, se convirtieron en el motor que arrastraba la economía israelí, empleando al 25 por 100 de la fuerza de trabajo industrial en 1982-1983, año del máximo auge. Aunque estas industrias se beneficiaron en gran medida del crecimiento en el comercio global de armas de las décadas de los setenta y los ochenta, se sostenían principalmente gracias al gasto de defensa israelí, que se disparó después de la guerra de 1973, con el comienzo de la ayuda militar estadounidense a escala significativa⁶.

⁵ Michael SHALEV, «Labour, State and Crisis», *Industrial Relations* 23, 3 (1984), pp. 362-386; «Liberalization and the Transformation of the Political Economy», en Gershon Shafir y Yoav Peled (eds.), *The New Israel: Peacemaking and Liberalization*, Boulder, CO, 2000, p. 132. La estrecha conexión temporal entre la recesión y la guerra de 1967 exige un análisis meticuloso de los orígenes de esta última. Aunque la ley de archivos vigente en Israel exige que pasen treinta años para tener acceso a los mismos, todavía no se ha levantado el secreto oficial que pesa sobre los documentos pertinentes, lo cual acaso explique la poca atención que se ha concedido al tema en la historiografía revisionista israelí hasta la fecha. Para una tentativa muy preliminar, véase Yagil LEVY y Yoav PELED, «The Utopian Crisis of the Israeli State», en Russell Stone y Walter Zenner (eds.), *Critical Essays on Israeli Social Issues and Scholarship*, Albany, NY, 1994, pp. 201-226.

⁶ Jonathan NITZAN y Shimshon BICHLER, «Going Global: Differential Accumulation and the Great U-Turn in South Africa and Israel», *Review of Radical Political Economics* 33, 1 (2001), pp. 45-47; M. Shalev, «Liberalization and the Transformation of the Political Economy», cit., p. 132.

El comienzo de la liberalización

En 1977, por primera vez en su historia, los laboristas perdieron las elecciones generales frente al Likud, porque el Movimiento Democrático por el Cambio, un nuevo partido que representaba a los nuevos estratos directivos emergentes, se hizo con 15 de sus escaños en la Knesset. Este cambio señalaba la transformación de este estrato, que pasaba de ser una clase en esencia burocrática y rentista, que vivía de su control de las transferencias de capital gestionadas por el Estado, a constituir una clase burguesa en sentido estricto, implicada en procesos relativamente rápidos y eficaces de acumulación de capital⁷.

Una vez en el poder, el Likud lanzó un programa de liberalización económica dirigido a dismantelar la estructura corporativista que había constituido el principal sostén del gobierno laborista. La Histadrut se negó a cooperar en la imposición de recortes salariales y de reducción de personal en el sector público y la política del Likud llevó a la economía al borde de la hiperinflación, con una tasa del 450 por 100 anual en 1985. Una consecuencia, deseada o no, de la alta tasa de inflación fue el debilitamiento de las instituciones estatistas, entre ellas, la industria armamentística. En 1985, un gobierno de unidad nacional formado por los laboristas y el Likud consiguió disciplinar a la Histadrut e inició el Plan de Estabilización Económica de Emergencia, que detuvo la inflación monetaria y sentó las bases de una liberalización de la economía eficaz. Los elementos estructurales de la reforma constituían «un ataque frontal contra los mecanismos que previamente habían protegido los intereses societales, de manera directa o indirecta, a cuenta del Estado: devaluaciones, proteccionismo, indexación salarial, préstamos públicos no vinculantes e incentivos amplios a la inversión»⁸. Los recortes en estos últimos, que se aplicaron también sobre las subvenciones a las gigantescas corporaciones de propiedad estatal o de la Histadrut, perjudicaron seriamente el complejo industrial-militar de Israel, que ya había padecido la drástica reducción del aprovisionamiento militar tras el tratado de paz con Egipto de 1979. Este proceso culminó con la cancelación en 1989 del proyecto de producción armamentística más ambicioso de Israel, el avión de caza Lavi, después de que la primera Administración de Bush cortara la ayuda estadounidense.

La privatización o el cierre de las empresas de propiedad nacional o de la Histadrut indicaba un cambio fundamental en el papel del Estado en la sociedad israelí. Aunque muchos negocios privados (no digamos ya sus trabajadores) también se resintieron, la liberalización —el desplazamiento de recursos del Estado al mercado— fue esencial para la formación de la nueva clase capitalista. Las reformas de 1985 permitieron que surgiera por primera vez un mercado de capitales israelí, en gran medida libre de la dirección estatal. Los recursos productivos del complejo militar-industrial, en proceso de contrac-

⁷ M. Shalev, *Labour and the Political Economy in Israel*, cit.

⁸ M. Shalev, «Liberalization and the Transformation of the Political Economy», cit., p. 133.

ción, se convirtieron en la base de la industria de alta tecnología de Israel, orientada hacia las exportaciones y en manos privadas, que serviría de nuevo motor de la economía para la década de los noventa.

Cuando una mayoría laborista recuperó el poder en 1992, se produjo una lucha trascendental en su seno entre el ala neoliberal –respaldada por el Meretz, más pequeño pero más uniformemente liberal– y el ala defensora de las políticas de promoción de las prestaciones sociales, cuya base de poder radicaba en la Histadrut. El objetivo de los laboristas neoliberales, encabezados por Hayim Ramon y Yossi Beilin⁹, era dismantelar tanto la Histadrut como los restos de la economía del sector público en general. Para la década de los noventa, las privatizaciones habían despojado a la Histadrut de la mayor parte de sus recursos productivos y su sistema sanitario –conocido como *Kupat Cholim*, o fondo de enfermos–, que siempre había constituido su medio principal para atraer a nuevos miembros, se tornaba ahora en su activo más importante. En su mejor momento, el *Kupat Cholim* proporcionaba servicios de atención sanitaria al 70 por 100 de la población, con el resto cubierto en su mayoría por organizaciones similares, aunque más pequeñas, de servicios sanitarios, por lo general relacionadas con distintos partidos políticos.

Como ministro de Sanidad de Rabin, Ramon intentó, en primer lugar, nacionalizar todo el sistema sanitario a través de la Ley del Seguro Médico Estatal, pero la oposición del ala de la Histadrut dentro del Partido Laborista se lo impidió. Después de un intento fallido de sus aliados de tomar la Histadrut a través del Partido Laborista, Ramon dejó el partido para presentarse como candidato a Secretario general de la Histadrut en 1994, encabezando una coalición *ad hoc* que incluía también al Shas y al Meretz, consiguiendo su objetivo. La Ley del Seguro Médico Estatal se aprobó, tal y como estaba previsto, y Ramon volvió al gobierno en calidad de ministro del Interior. El 1 de enero de 1995, el Estado se hizo con el sistema sanitario, sustituyendo su base financiera de las cuotas voluntarias de sus miembros por un impuesto sanitario. Puede que esto, en un contexto estadounidense, hubiera supuesto una importante expansión del Estado del bienestar. En Israel, en cambio, pese a la universalización de la cobertura que implicaba, significaba un paso fundamental hacia la privatización del sistema sanitario.

Históricamente, el sistema sanitario funcionaba con una financiación mediante déficit, haciéndose el Estado cargo del descubierto al final de cada año. A partir de 1995, se exigió al *Kupat Cholim* que operara dentro de los estrictos límites presupuestarios establecidos por el gobierno. Este tipo de fondos se vieron también obligados a competir entre sí, desviando recursos para publicitarse y para ofrecer servicios a grupos sociales más jóvenes y acau-

⁹ En marzo de 2004, Beilin fue elegido presidente del Yahad, partido sucesor del Meretz. Beilin no sólo fue un promotor temprano del neoliberalismo, sino también el artífice de los Acuerdos de Oslo y el espíritu impulsor del simbólico Acuerdo de Ginebra, firmado en diciembre de 2003.

dalados. El resultado fue un incremento de los costes sociales y un deterioro de los servicios, así como una rápida expansión de proveedores del sector privado para aquellos que pudieran permitirse complementar las dotaciones estatales, en franco declive. La Ley de 1995 prohibía asimismo que los fondos de enfermos condicionaran el acceso a sus servicios a la afiliación a cualquier otra organización; diluido el lazo entre la Histadrut y su *Kupat Cholim*, aquélla perdió dos tercios de sus socios –que pasaron de un millón seiscientos mil en 1994 a seiscientos mil en 1998– y se tuvo que reconstituir únicamente como una federación sindical.

La liberalización económica llegó acompañada de una reforma política. Se introdujeron las elecciones primarias internas de los partidos y la elección personal del primer ministro por todo el electorado, convirtiendo así al primer ministro en un semipresidente al estilo estadounidense. El efecto fue el debilitamiento de los principales partidos políticos y, paradójicamente, también del primer ministro, y el aumento de la influencia de los grandes donantes, que podían ayudar a financiar las campañas electorales¹⁰. Se promulgaron dos Leyes Esenciales, que poseían *status* constitucional: la Ley de la «Dignidad Humana y la Libertad» y la Ley de la «Libertad de Ocupación». Éstas permitían, por primera vez, una revisión judicial de la legislación primaria por parte del Tribunal Supremo, lo cual significaba un desplazamiento fundamental del poder, de una asamblea legislativa electa a una judicatura no electa. Al Banco de Israel se le concedió la prerrogativa de establecer los tipos de interés, lo cual, en el contexto de un mercado de capitales de reciente desarrollo, lo convertía en un poderoso actor en la determinación de la política económica¹¹.

Ejecutivos para la paz

Sin embargo, la liberalización económica y la reforma política no eran suficientes para garantizar que la burguesía israelí se beneficiara de los procesos de globalización. El conflicto árabe-israelí había llegado a bloquear tanto la inversión extranjera en Israel como las operaciones de las empresas israelíes en el extranjero. Las marcas globales –de comida rápida, de automóviles japoneses, comercio detallista y servicios financieros– estaban ausentes del mercado israelí. Durante veinte años los Territorios Ocupados proporcionaron un sustituto parcial del mercado internacional y una salida clandestina hacia el mundo árabe, sorteando el boicot de los países árabes. Sin embargo, con el estallido de la primera *intifada* en 1987, los beneficios económicos de la Ocupación –una fuerza de trabajo barata y fiable y un mercado cautivo– se vieron descompensados por sus costes.

¹⁰ Los tres primeros ministros elegidos bajo este sistema –Netanyahu, Barak y Sharon– se vieron involucrados, sin excepción, en escándalos relativos a las aportaciones realizadas a sus campañas.

¹¹ Ran HIRSCHL, «The Great Economic-Judicial Shift: The Legal Arena and the Transformation of Israel's Economic Order», en G. Shafir e Y. Peled (eds.), *The New Israel: Peacemaking and Liberalization*, cit., pp. 189-215.

Ahora que los beneficios de la Ocupación y de la economía de guerra están decayendo de forma generalizada (el gasto de defensa ha bajado desde el 30 por 100 del PIB a principios de la década de los setenta al 8 por 100 a principios de la de los noventa), mientras a su vez el mercado global ofrece mayores ganancias que la tutela estatal, segmentos cada vez mayores de la burguesía emergente israelí se debaten en un tira y afloja de motivos para respaldar un acuerdo territorial con los palestinos. Por citar las complacientes palabras de dos de los principales economistas neoliberales israelíes: «No hay mejor acompañante de la *aliya* [inmigración judía] a la hora de impulsar el crecimiento y la prosperidad económica duraderas que una auténtica paz en Oriente Próximo»¹².

En 1991, la primera Administración de Bush, radiante tras su triunfo en la Guerra del Golfo y preparándose para convocar la Conferencia de Paz en Oriente Próximo de Madrid, hizo entrega de los 10.000 millones de dólares en préstamos garantizados exigidos por el gobierno del Likud de Yitzhak Shamir para ayudar al asentamiento de los inmigrantes procedentes del contingente de la antigua URSS a cambio del cese completo de la actividad de los asentamientos israelíes en los Territorios Ocupados. La negativa de Shamir a aceptar esta exigencia se convirtió en una de las cuestiones más importantes en la campaña electoral de 1992, que terminó con una victoria laborista y con el regreso de Yitzhak Rabin como primer ministro. Durante la campaña –la primera que giró explícitamente alrededor de la suerte de los Territorios Ocupados– importantes hombres de negocios se reunieron para apoyar al candidato de la «paz», Rabin. Una semana antes de las elecciones, Dov Lautman, director general de la principal compañía textil, Delta Galil Industries, y ex presidente de la Asociación de Fabricantes Israelíes, así como una figura de primer orden de la comunidad empresarial, declaró que el primer obstáculo para la inversión extranjera en la economía israelí era la inestabilidad regional. Sólo la combinación de una política económica adecuada y de un avance en las conversaciones de paz, sostuvo, podría hacer que Israel resultara atractivo para los inversores extranjeros¹³. En noviembre de 1992, Lautman añadió el boicot árabe a su lista de las condiciones que perjudicaban económicamente a Israel, instando al gobierno y a la comunidad empresarial para que hicieran de la abolición del mismo su prioridad política. El mismo argumento fue recogido también por Dan Gillerman, presidente de la Asociación de Cámaras de Comercio, quien afirmó que el boicot había costado a la economía israelí 44.000 millones de dólares¹⁴. En enero de 1993,

¹² Assaf RAZIN y Efraim SADKA, *The Economy of Modern Israel: Malaise and Promise*, Chicago, 1993.

¹³ Lautman hizo estas observaciones en la Conferencia Empresarial de Jerusalén en 1992, una importante reunión anual de los empresarios. Todo hay que decirlo, Lautman es también presidente de la Junta de Regentes de la Universidad de Tel Aviv, mi lugar de trabajo.

¹⁴ Gillerman fue nombrado embajador en la ONU por Sharon, y en la actualidad defiende las posiciones de éste en ese foro. Se trata de una clara ilustración del cambio de posición de la burguesía israelí en lo que atañe a la cuestión de una paz negociada, que discutiremos más adelante.

Lautman fue más allá y declaró que un avance en las estancadas conversaciones de paz de Madrid señalaría un punto de inflexión para la economía israelí. Tan pronto como las noticias del acuerdo alcanzado en Oslo en septiembre de 1993 se filtraron a la prensa, los dirigentes empresariales israelíes publicaron un anuncio pagado en el principal diario progresista, *Haaretz*, la víspera del Año Nuevo judío, invitando a Rabin y a su ministro de Asuntos Exteriores Shimon Peres a «conseguir la paz en interés de la prosperidad de los años venideros».

La figura empresarial más importante «al servicio de la causa de la paz»—tal y como él mismo lo expresara en una entrevista de 1995 con Gershin Shafir y el autor de estas líneas— fue Benny Gaon. Gaon dirigió la privatización de Koor, la corporación industrial de buques de bandera de Histadrut, que se convirtió en el primer *holding* multinacional; durante varios años siguió ejerciendo el cargo de director general de la misma, haciéndose multimillonario en el proceso. Bajo la dirección de Gaon, Koor encabezó los intentos de crear sociedades conjuntas israelíes-árabes, antes y después de los Acuerdos de Oslo. En la Conferencia Empresarial de 1994 llamó a las principales corporaciones israelíes a «arriesgarse, invitando al capital extranjero a participar en proyectos de inversión conjunta» que pudieran aprovechar la singular combinación entre el saber hacer israelí, los recursos financieros de los Estados del Golfo y la fuerza de trabajo barata disponible en los países árabes no productores de petróleo.

Los cálculos económicos de Gaon y sus colegas se demostraron correctos, aunque el «nuevo Oriente Próximo» imaginado por sus camarillas de políticos, periodistas y académicos nunca llegó a materializarse. Tras el acuerdo de Oslo, muchos mercados extranjeros que habían estado cerrados para las firmas israelíes, en Oriente Próximo y otros lugares, se abrieron, acarreando una prosperidad económica sin precedentes en la década de los noventa. Asimismo, la inversión directa extranjera en la economía israelí, prácticamente inexistente antes de 1993, llegó a los 1.500-2.000 millones de dólares anuales a mediados de la década¹⁵. A modo de símbolo del nexo entre el campo pacifista israelí y la neoliberalización, en 1993 Omri Padan, miembro fundador de Paz Ahora, recibió la primera concesión de licencia de McDonalds en Israel.

La oposición mizrachi

Sin embargo, en profunda contraposición a la agenda empresarial, la clase trabajadora judía se opuso tanto al proceso de Oslo como a la neoliberalización, con arreglo a una combinación de motivos económicos y culturales. El rápido crecimiento de la desigualdad de las rentas desde mediados

¹⁵ Michael SHALEV, «Have Globalization and Liberalization “Normalized” Israel's Political Economy?», *Israel Affairs* 5, 2-3 (1999), pp. 121-155.

de la década de los ochenta golpeó duramente a este estrato social. Las políticas fiscales redistributivas y las transferencias sociales que de algún modo habían mitigado sus efectos padecían los ataques de los acólitos de la liberalización, a la par que los servicios sociales en general. La educación y la sanidad, en particular, se deterioraron considerablemente para aquellos que no podían costearse suplementos privados a la prestación del Estado.

Con todo, la oposición a la mercantilización no se articuló en términos económicos, sino, por el contrario, en términos culturales y políticos. Había tres razones principales para ello. En primer lugar, desde 1977 eran pocas las diferencias entre los principales partidos políticos israelíes sobre la cuestión de la liberalización económica; hay que recordar que fue un gobierno de coalición Likud-laboristas el que puso en práctica en 1985 el Plan de Estabilización, y que fueron los laboristas los que llevaron a cabo el grueso del desmantelamiento de la Histadrut. En ausencia de fuerzas políticas, sociales o intelectuales que ofrecieran un análisis económico alternativo, la oposición al neoliberalismo podía expresarse sólo en un registro moral, acuñado, de forma prácticamente inevitable en el contexto israelí, en términos de solidaridad etnonacional judía.

En segundo lugar, la considerable superposición entre clase y etnicidad —en la que los *ashkenazim* comprenden el grueso de las clases medias y altas, mientras que los *mizrachim* y los palestinos lo hacen de la mayoría de la clase trabajadora— ha desempeñado una importante función. Aunque padecen una clara marginación con respecto a otros judíos, en la sociedad israelí en su conjunto los *mizrachim* no han formado un grupo periférico, sino semiperiférico, ubicado en una posición intermedia entre los *ashkenazim* y los palestinos. Los *mizrachim* han intentado aliarse con el Estado judío y con los *ashkenazim* que lo controlan, en vez de con los palestinos, con los que comparten muchas características económicas y culturales, concibiendo así su marginación en términos culturales y étnicos en vez de en términos de clase.

Por último, la neoliberalización tuvo consecuencias culturales que fueron consideradas una amenaza a los valores judíos tradicionales. Los cuatro elementos de la relación tradicional entre el Estado y los judíos religiosos en Israel —el monopolio de los tribunales rabínicos en los asuntos relativos al código de familia, la observancia del Sabbath y del *kashrut* (código dietético) en la esfera pública y la exención de los estudiantes *yeshivah* del servicio militar— fueron puestos en tela de juicio por los judíos progresistas y laicos, que encontraron importantes aliados en el Tribunal Supremo y en el millón de inmigrantes de la antigua URSS, muchos de los cuales son no judíos con arreglo a la definición religiosa ortodoxa. Además, los derechos de la mujer, la tolerancia hacia los distintos estilos de vida sexuales, la americanización cultural y la creciente afirmación política de los ciudadanos palestinos de Israel contribuyeron de forma concomitante a la ansiedad de los grupos sociales más tradicionales, muchos de los cuales están formados por *mizrachim* de clase trabajadora.

Así pues, para los *mizrachim* de clase trabajadora y de clase media-baja la neoliberalización no sólo ha significado un declive económico en términos relativos y absolutos, sino también una reducción de los servicios sociales y un asalto frontal a sus valores culturales. El Estado (judío), que tradicionalmente les ha tratado como ciudadanos de segunda clase en comparación con los *ashkenazim*, ha cobrado para ellos una importancia creciente en tanto que baluarte contra los estragos del mercado y como afirmación de su estatuto privilegiado en tanto que judíos. Se han aferrado cada vez con mayor fuerza a su identidad etnonacional, infundiéndole un contenido cada vez más religioso y convirtiéndola en una plataforma de reivindicación de la protección y la extensión de sus derechos sociales y ciudadanos. La identificación, correcta, del acuerdo territorial propuesto con los palestinos como coronación de la neoliberalización, les llevó a considerar a éstos con mayor hostilidad si cabe.

Las actitudes de los *mizrachi* hacia los palestinos, así como hacia el proceso de Oslo en general, estuvieron condicionadas por la intensa competencia con estos últimos en el mercado de trabajo, desde principios de la década de los sesenta a mediados de la década de los noventa¹⁶. Esto generó miedo y hostilidad hacia los palestinos, así como un deseo en muchos *mizrachim* de excluirles completamente de la sociedad y/o de limitar profundamente los derechos de aquellos palestinos que tienen la ciudadanía israelí. Con los Acuerdos de Oslo, una serie de plantas industriales de empleo intensivo de mano de obra fueron relocalizadas en Egipto, Jordania y otros países, privando así a varias «ciudades-polo de desarrollo» de población mayoritariamente de clase trabajadora *mizrachi* de su principal fuente de empleo. En 1998, por ejemplo, la Delta de Lautman había desplazado ya el 50 por 100 de su producción fuera de Israel; ese mismo año fue el más próspero de la historia de la empresa hasta el momento. El desfase entre el «dividendo de paz» positivo recogido por el capital y el dividendo negativo padecido por la fuerza de trabajo afectó a las percepciones del proceso de paz por parte de los nuevos trabajadores desempleados. Un comentarista lo expresaba del siguiente modo:

Mientras que las clases medias y altas de Israel tienen un interés entusiasta en el Proceso de Paz y en la lógica globalista del «McWorld», las clases más bajas se quedan rezagadas como víctimas sociales de la globalización, reaccionando mediante la identificación del Proceso de Paz con sus adversarios en la sociedad, y por asimilación, con sus orientaciones «localistas», ultranacionalistas y con la promoción fundamentalista de la «Yihad»¹⁷.

¹⁶ Tras los Acuerdos de Oslo, los trabajadores palestinos sin ciudadanía israelí fueron progresivamente excluidos del mercado de trabajo y sustituidos por trabajadores procedentes de distintos lugares del mundo.

¹⁷ Uri RAM, «The Promised Land of Business Opportunities»: Liberal Post-Zionism in the Global Age», en Shafir y Peled, *The New Israel*, cit., p. 230.

El ascenso del Shas

Hasta el momento, el único intento afortunado de movilizar políticamente a la clase obrera *mizrachi* en el contexto de la neoliberalización también se ha expresado en términos cultural-religiosos. Fundado en 1984, el Shas se dirigió a los *mizrachim* de clase baja sirviéndose, por una parte, de llamamientos a la restauración de los valores judíos tradicionales, tales como el patriarcado, la caridad y la observancia religiosa –supuestamente ultrajados por el sionismo secular asquenazí– y, por otra parte, de una retórica de la justicia social, respaldada por un imponente conjunto de instituciones de servicio social propias, que incluyen un sistema educativo autónomo. Con los años, el éxito de esta fórmula política ha sido impresionante. Arrancando la mayoría de sus votantes de las filas del Likud, el Shas pasó de cuatro escaños en la Knesset en 1984 a 17 en 1999, en comparación con los 19 del Likud. Sólo con las elecciones generales de 2003, que permitieron que el Likud duplicara su fuerza electoral, la representación del Shas se vio reducida a 11 parlamentarios de la Knesset¹⁸. Hasta la constitución de la actual coalición de Sharon, formada en 2003, el Shas participó en todos los gobiernos israelíes desde que entró por primera vez en la Knesset en 1984.

Sin embargo, a pesar de su retórica, el Shas nunca ha presentado una alternativa a la concepción neoliberal predominante, y ha votado constantemente, tras algunas negociaciones, todas las medidas económicas de liberalización aprobadas por el gobierno. La asistencia social, sin embargo, era un asunto distinto. En este aspecto, la presencia del Shas en el gabinete, y la amenaza electoral que suponía para el Likud, tuvo un efecto de atenuación sobre los ataques de su socio de coalición, al menos en lo que respecta al mantenimiento de impuestos y transferencias sociales de carácter redistributivo. El porcentaje del PIB en gasto social permaneció estable, llegando incluso a aumentar, durante el periodo de liberalización, una situación lamentada por el vocero periodístico y académico de la elite israelí, que desarrolló un odio casi patológico hacia el Shas¹⁹.

El Shas se las arregló también para frustrar el otro capítulo principal del programa de la burguesía, un acuerdo territorial con los palestinos. Por primera vez en sus quince años de existencia, el Shas adoptó una posición relativamente moderada hacia el conflicto, y se le suele atribuir una responsabilidad importante en la aprobación de los Acuerdos de Oslo en la Knesset. Sin embargo, aunque esta actitud reflejó las preferencias polí-

¹⁸ No todos estos resultados son comparables, porque las elecciones de 1996 y 1999 se celebraron bajo el sistema semipresidencial, y en las que el primer ministro fue elegido directamente. Paradójicamente, esto benefició a los pequeños partidos ideológicos en menoscabo de los grandes partidos generales.

¹⁹ Cuando Ehud Barak llegó a la plaza principal de Tel Aviv para celebrar su victoria en las elecciones de 1999, fue saludado por una muchedumbre enfervorecida de *ashkenazim* de clase media que gritaba: «¡Cualquiera menos el Shas!».

ticas de buena parte de la elite del partido –fundamentalmente de sus líderes espirituales y políticos, Ovadia Yosef y Arie Deri–, se oponía casi diametralmente a los puntos de vista de la inmensa mayoría de sus votantes, el sector más «halcón» de la ciudadanía israelí²⁰. Desde 1999, con el proceso de Oslo en crisis y las condiciones económicas de su electorado en constante deterioro, la actitud del partido hacia los palestinos se ha aliñado con la de su electorado²¹.

Guerras entre culturas

La parálisis social del periodo de Oslo cobra una gráfica expresión política en las relaciones entre el Shas y el Meretz en la coalición de gobierno de Barak en 1999-2001. Desde el punto de vista de clase, étnico e ideológico, el Meretz era una imagen invertida del Shas: el primero promovía un acuerdo territorial con los palestinos y contaba con un electorado de *ashkenazim* laicos de clase media y media-alta. Sus orígenes se remontan a la fusión de dos tendencias políticas dentro del sionismo laborista, una de orientación liberal y defensora de los derechos civiles, y la otra, nominalmente socialista y arraigada en los kibutz. A pesar de su retórica socialdemócrata y de las preferencias de centro-izquierda de sus votantes, una vez que llegaron al poder los ministros del Meretz se emplearon diligentemente en la privatización de todos los servicios públicos que cayeron en sus manos, principalmente de los sistemas de telecomunicaciones y de educación.

Aunque el Meretz y el Shas sumaron sus fuerzas a las de los neoliberales del Partido Laborista para apoderarse de la Histadrut en 1994, en la coalición de Barak en 1999 los dos partidos se dedicaron a una lucha interminable e inútil en torno al presupuesto del Ministerio de Educación y a la

²⁰ En una encuesta de opinión de los judíos israelíes realizada a principios de 2002, el 89 por 100 de quienes declaraban haber votado al Shas de haberse celebrado elecciones entonces, se declaraban contrarios a un acuerdo con los palestinos basado en el plan Clinton de 2000, frente a un 60 por 100 de todos los encuestados. Más del 60 por 100 de los votantes del Shas se declaraba favorable al «traslado» (expulsión) de los palestinos sin ciudadanía israelí, en comparación con menos de un 46 por 100 de todos los encuestados. Los *mizrabim* apoyaban el «traslado» con un porcentaje algo mayor, el 48 por 100, mientras que los *ashkenazim* –cerca de la mitad de los cuales son inmigrantes recientes procedentes de la antigua URSS que tienden a adoptar fuertes opiniones nacionalistas– lo hacía con un porcentaje menor, el 42 por 100. Más del 50 por 100 de los votantes del Shas, en comparación con el 30 por 100 de todos los encuestados, apoyaba el «traslado» de los palestinos que poseen la *ciudadanía israelí*. Véase Asher ARIAN, *Israeli Public Opinion on National Security 2002*, Tel Aviv, 2002; los datos del Shas no aparecen en el informe publicado por Arian y me fueron amablemente facilitados por uno de sus colaboradores, Raphael Ventura. Michael Shalev y Gal Levy presentan resultados similares acerca de las actitudes de los votantes del Shas hacia los palestinos en sus análisis de las elecciones de 2003, «The Winners and Losers of 2003: Ideology, Social Structure and Political Change», en Asher Arian y Michal Shamir (eds.), *The Elections in Israel: 2003*, Albany, NY, de próxima publicación.

²¹ Sami Shalom CHETRIT, *The Mizrabchi Struggle in Israel: Between Oppression and Liberation, Identification and Alternative, 1948-2003*, Tel Aviv, 2004, p. 263.

jurisdicción sobre el sistema escolar del Shas. De esta suerte, durante los últimos años del proceso de Oslo, los dos partidos dotados de un arraigo de clase más claro de la sociedad judía israelí lucharon entre sí por cuestiones culturales y políticas de la identidad. En junio de 2000, el Meretz, que en aquel momento contaba con 10 escaños, fue obligado a abandonar el gobierno. Un mes más tarde, el Shas, con sus 17 diputados en la Knesset, abandonó de golpe la coalición la víspera de que Barak saliera de Camp David, dejándole con un gobierno en minoría cuando el proceso de Oslo se acercaba a su desenlace.

El fracaso de la cumbre de Camp David, y sobre todo la interpretación del mismo por parte de los gobiernos israelí y estadounidense, trajo consigo un nuevo reparto de cartas en la política interna israelí y en las relaciones israelo-palestinas. Aunque las negociaciones preparatorias continuaron hasta la misma víspera de las elecciones para primer ministro de febrero de 2001, la atmósfera política ya no era de negociación, sino, por el contrario, de guerra. En el limbo político que imperaba al cierre de la breve legislatura de Barak, Sharon sacó la delantera con su visita tan publicitada y militarizada al Monte del Templo/Noble Santuario. El mensaje que transmitió era claro: con independencia de los acuerdos a los que se llegue con los dirigentes palestinos, en lo sucesivo iban a dirigirlo en su totalidad otros actores.

Los gobiernos israelí y estadounidense habían sido advertidos por funcionarios palestinos de las probables consecuencias de la visita de Sharon, pidiéndoles que la impidieran²². Sin embargo, Barak y el entonces ministro de Seguridad Ciudadana, Shlomo Ben-Ami, no hicieron nada para detener a Sharon. Cuando llegó la esperada reacción palestina, en forma de tempestuosas manifestaciones ante el Monte del Templo/Noble Santuario el viernes 29 de septiembre, la policía abrió fuego sobre los manifestantes, matando a siete de ellos e hiriendo a más de 100²³. Había saltado la chispa para el estallido de la segunda *intifada*.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en los días inmediatamente posteriores fueron decisivos para la comprensión de la dinámica del ascenso al poder de Sharon y de la transformación de las sociedades israelí y palestina que sobrevino después. En un rompedor artículo publicado en el diario de difusión masiva *Maariv*, con motivo del segundo aniversario de la *al-Aqsa intifada*, Ben Kaspit reveló que en los primeros días del levantamiento la FDI disparó un millón de balas en los Territorios Ocupados –700.000 en Cisjordania y 300.000 en Gaza– contra manifestantes en su mayor parte desarmados. De resultados de ello, la «proporción de asesinatos» a comienzos de octubre de 2000 era de 75 palestinos muertos por cuatro israelíes. Según Kaspit:

²² Jeremy PRESSMAN, «Visions in Collision: What Happened at Camp David and Taba?», *International Security* 28, 2 (otoño de 2003), p. 28.

²³ *Report of the State Commission of Inquiry for Investigating the Clashes between the Security Forces and Israeli Citizens in October 2000* [la Comisión Or], vol. 1, Jerusalén, 2003, pp. 92-101.

En el Israel de 2001 quedó claro, para aquellos que todavía no estaban al corriente, que son los militares los que hacen y aplican las políticas [...]. [Ellos] determinan el ritmo y el desarrollo de los acontecimientos. El estamento político se muestra completamente incapaz de controlar a los militares o de someterlos a la disciplina. En aquellos días tan duros, en septiembre de 2000, resultó finalmente que Israel no era un Estado que poseía un ejército, sino un ejército con un Estado adjunto. La verdadera rama ejecutiva no es el Consejo de Ministros, sino el formidable sistema de seguridad del que se ha rodeado el Estado a lo largo de los años²⁴.

En términos más ponderados, Yoram Peri, un destacado estudioso de las relaciones entre lo civil y lo militar en Israel, llegó a la conclusión de que «los militares son un socio igual en el proceso de elaboración política y a veces su poder llega incluso más allá». Mientras que Kaspit piensa que la FDI estaba lanzando un desafío a la política de Barak, Peri se muestra más escéptico; ya fuera por debilidad o porque estaba de acuerdo con ellos, «lo cierto es que Barak adoptó la política de los militares durante buena parte de aquel periodo»²⁵.

Durante los primeros 10 días de octubre, otro brazo del aparato de seguridad del Estado, la fuerza nacional de policía, entró en acción comportándose básicamente del mismo modo dentro de las fronteras israelíes anteriores a 1967, disparando y acabando con la vida de 12 ciudadanos israelíes palestinos y un palestino sin ciudadanía israelí que participaba en las acciones de protesta. (Un motorista judío fue a su vez asesinado por manifestantes palestinos con ciudadanía israelí durante el mismo periodo.). La comisión oficial de investigación designada por Barak para investigar estos acontecimientos, presidida por el presidente del Tribunal Supremo Theodore Or, llegó a una conclusión inequívoca en 2003: la policía israelí, sin autorización gubernamental, actuó como un agente independiente, disparando sobre manifestantes desarmados con balas de goma y munición real, violando la legislación, así como su propia normativa interna.

Lo pretendiera o no la policía, matando a manifestantes árabe-israelíes, había sellado el destino de Barak, garantizando la victoria electoral del Likud. Durante años, el bloque electoral de centro-derecha, compuesto por el Likud y sus aliados, gozó de una ligera ventaja entre los votantes judíos. Los laboristas sólo pudieron ganar las elecciones con el apoyo de una aplastante mayoría de los ciudadanos palestino-israelíes, del que se benefició Barak en 1999. Los acontecimientos de octubre de 2000 trajeron consigo una abstención masiva entre los votantes palestinos en las elecciones para primer ministro de febrero de 2001. Así pues, ¿por qué Barak

²⁴ Ben KASPIT, «Dos años de Intifada», *Maariv* (6 y 13 de septiembre de 2002), suplementos [en hebreo].

²⁵ Yoram PERI, «The Israeli Military and Israel's Palestinian Policy: From Oslo to the Al Aqsa Intifada», Washington DC, 2000, pp. 13 y 35; véase también pp. 32-35. Hay que observar que sólo unos meses antes, en mayo de 2000, Barak fue capaz de imponer su voluntad a la FDI, obligándola a una retirada del sur del Líbano.

no hizo nada para impedir acciones que podrían provocar su desplome electoral? Tal vez, ante una renovada resistencia palestina y el derrumbe del proceso de Oslo, el militar que seguía siendo se impuso al político.

Colonos y fuerzas de seguridad

Las razones de la ferocidad con la que el aparato de seguridad del Estado arremetió contra los palestinos no son difíciles de descifrar. Desde finales de la década de los ochenta, tanto la FDI como la policía han visto frustrados sus esfuerzos para sofocar la creciente inquietud de los palestinos con o sin ciudadanía israelí. El fracaso israelí en la represión de la primera *intifada* (1987-1993) no se desprende, naturalmente, del equilibrio de poder militar entre Israel y los palestinos, sino, por el contrario, de las limitaciones políticas que las políticas comerciales y económicas del país imponían al uso de la fuerza militar. La FDI, entonces dirigida por Barak como jefe del Estado Mayor, se opuso al proceso de Oslo, tal y como hiciera ante las primeras maniobras para un acuerdo de paz con Egipto a finales de la década de los setenta; incluso ya como primer ministro, Barak no disimulaba su desprecio hacia los Acuerdos. En dos ocasiones durante el periodo de Oslo, en 1996 y 2000, la FDI vio de nuevo frustrado su intento de utilizar su poder eficazmente contra los «disturbios» palestinos. Entre tanto, la retirada de la FDI del sur del Líbano en mayo de 2000 tuvo lugar a pesar de los recelos de ésta, expresados públicamente²⁶.

Por debajo de las fricciones existentes entre el aparato de la seguridad del Estado y sus funcionarios electos, operaba un creciente antagonismo por parte de la FDI y de otras fuerzas de seguridad ante la perspectiva de cualquier forma de retirada de los Territorios Ocupados. Desde 1967 la FDI ha sido, de facto o de iure, el poder soberano en esos territorios, que hasta el día de hoy no han sido formalmente anexionados a Israel. Además de las fuerzas de inteligencia y de operaciones, la gestión de los Territorios y de sus millones de residentes palestinos exige una considerable burocracia para asuntos civiles, mantenida gracias a enormes presupuestos, que han servido de aliciente para muchas carreras militares. Como hemos visto, el giro hacia las políticas neoliberales se vio acompañado de una reducción sustancial del gasto militar en relación con el PIB, así como de la pérdida de contratos militares y de la reducción del ejército permanente. Durante el periodo de Oslo se habló de la abolición del reclutamiento obligatorio y

²⁶ J. Pressman, «Visions in Collision: What Happened at Camp David and Taba?», cit., pp. 27-28; B. Kaspi, «Dos años de Intifada», cit.; Y. Peri, «The Israeli Military and Israel's Palestinian Policy: From Oslo to the Al Aqsa Intifada», cit., pp. 31-33 y 50-51; *Report of the State Commission of Inquiry for Investigating the Clashes between the Security Forces and Israeli Citizens in October 2000* [la Comisión Or], cit.; Amos HAREL, «The IDF Will Not Withdraw Again in Defeat», *Haaretz* (8 de marzo de 2004). Ni que decir tiene que no todo el alto mando de la FDI está hecho de la misma tela, y que muchos generales, con y sin uniforme, han apoyado el proceso de paz y, en su momento, han mantenido a raya a los políticos civiles belicosos. Véase PERI, «Israeli Military», pp. 45-51.

del paso a un ejército profesional, e incluso de la privatización de las principales funciones militares. Por último, el prestigio de las fuerzas armadas y la motivación para servir en las mismas experimentó un notable descenso durante ese periodo. Ambos se han recuperado desde 2001²⁷.

El otro sector social que, junto con los militares, tenía más que perder con toda retirada de los Territorios Ocupados eran los colonos. No faltan razones para considerarlos como un brazo del Estado. Por regla general, los colonos han sido ubicados donde están por el Estado, en tierras expropiadas por la fuerza a palestinos y transferidas a aquéllos gratuitamente, gozando además de servicios de vivienda y de asistencia social en su mayor parte sufragados por el Estado. Sus asentamientos siempre han gozado de una sólida protección del ejército, habiéndose construido para su uso exclusivo toda una red de carreteras paralelas. Alrededor del 50 por 100 de los colonos trabaja directamente para el Estado, que al mismo tiempo constituyen guarniciones militares auxiliares en sus asentamientos, cuyo armamento es proporcionado por el Estado. En la inmensa mayoría de los casos, cuando los colonos han utilizado esas armas contra civiles palestinos por iniciativa propia, lo han hecho impunemente. Por último, la tortuosa ruta del muro de separación que Israel está construyendo en Cisjordania estuvo determinada por la necesidad de proporcionar seguridad al mayor número posible de colonos.

La FDI y los colonos siempre han mantenido una relación simbiótica, hasta el punto de que estos últimos siempre han tenido voz y voto en el nombramiento y destitución de los altos mandos militares, mientras que muchos de ellos se han convertido a su vez en altos mandos. Ha suscitado un vivo debate la cuestión de si la FDI llegaría a desalojar realmente a los colonos si el gobierno se lo ordenara. Sin embargo, lo cierto es que durante el periodo de Oslo no se hizo ningún esfuerzo para desalojar un solo asentamiento, mientras que en el mismo periodo la población colona llegó a duplicarse. No obstante, en la medida en que la burguesía israelí se hizo promotora de una política que contemplaba abiertamente una retirada parcial definitiva como parte de su política de neoliberalización, los colonos y la FDI se mostraron impotentes para detenerla. Sólo cuando el proceso de Oslo fue detenido por la oposición del Shas y de la clase trabajadora judía, el Estado estuvo en condiciones de abandonar el proyecto. Sin embargo, lo que mayor importancia cobraba para la burguesía —la liberalización económica— no fue interrumpida por el Estado, y se llevó a cabo con una contundencia sin precedentes en la historia del país.

Como hemos visto, los acontecimientos de octubre de 2000 garantizaron una victoria del Likud en las elecciones para primer ministro de 2001. Netanyahu decidió no presentarse a las mismas, pensando aparentemente que no

²⁷ Cfr. Yoram PERI, «Civil-Military Relations in Israel in Crisis», en Daniel Maman, Eyal Ben-Ari y Zeev Rosenhek (eds.), *Military, State and Society in Israel*, New Brunswick, NJ, pp. 107-136.

sería capaz de gobernar con una Knesset devuelta a la situación de 1999. (Una explicación más satisfactoria consistiría en pensar que albergaba serias dudas acerca de la parálisis social que acabó con su mandato en 1999 y que no supo cómo romper.) Así pues, el camino quedó libre para Sharon, el único político de cierta estatura que quedaba en el Likud. Su aplastante victoria se debió principalmente a una participación electoral inauditamente baja, con un 62,3 por 100 (en comparación con el 78,8 por 100 en 1999), que incluía a un 68 por 100 de los judíos con derecho a voto y sólo el 19 por 100 de los palestinos. Como observábamos más arriba, muchos de los abstencionistas eran potenciales votantes laboristas. De tal suerte, Sharon recibió el 62,4 por 100 de los votos emitidos, aunque, en términos absolutos, recibió 100.000 votos menos que Barak en 1999²⁸.

La base electoral de Sharon en 2001 fue el electorado tradicional del Likud, el sector menos próspero, menos educado, más *mizrachi*, más joven y más religioso del electorado²⁹. Como los campesinos franceses que votaron por Luis Bonaparte, serán precisamente estos estratos los que más iban a padecer las políticas neoliberales que adoptaría el gobierno de Sharon. A pesar de ello, volverían a votar de nuevo por el Likud y sus aliados en mayor proporción si cabe en 2003.

Embestida contra el sistema de protección social

A lo largo de la década de los noventa, la economía israelí experimentó tasas de crecimiento relativamente altas y un aumento vertiginoso de la desigualdad en la distribución de la renta. Entre 1990 y 2002, el porcentaje de la renta total en manos del decil más rico pasó del 25 al 30 por 100, el del segundo decil no experimentó ninguna modificación, mientras que el de todos los demás descendió. El coeficiente Gini pasó de 0,498 en 1993 a 0,528 en 2002. Sin embargo, la desigualdad en el capítulo de la renta disponible –que incluye la redistribución fiscal y las transferencias sociales, además de la renta económica– era mucho más moderada, con un aumento del 0,339 en 1993 al 0,357 en 2002³⁰. Tal y como lo ha descrito un comentarista:

El sistema de protección social permaneció por regla general incólume a causa de las reformas liberalizadoras que han sido el *leitmotiv* de la economía política israelí desde la exitosa deflación de mediados de la década de los ochenta [...] y fue con el nuevo milenio cuando, con el telón de fondo del recrude-

²⁸ Asher ARIAN y Michal SAMIR (eds.), *The Elections in Israel – 2001*, Albany, NY, 2002; en particular, los capítulos de Shamir y Arian, así como el de Jamal.

²⁹ Shamir y Arian, «Abstaining and Voting in 2001», en Arian y Shamir (eds.), *The Elections in Israel – 2001*, cit., p. 22.

³⁰ Shlomo SWIRSKI y Etyy KONOR-ATTIAS, *Social Report – 2003*, Adva Centre, Tel Aviv [en hebreo], pp. 7 y 13; Asher ARIAN, David NACHMIAS, Dofon NAVOT y Danielle SHANI, *Democracy in Israel: 2003 Follow Up Report*, Democracy Index Project, Jerusalén [en hebreo], p. 83. Por supuesto, los cambios en el coeficiente Gini no dan cuenta de todo, ya que sólo mide salarios y sueldos, y no las ganancias de capital.

cimiento del conflicto palestino-israelí y el parón del crecimiento económico, el Ministerio de Economía y sus partidarios reunieron la fuerza política necesaria para emprender una reducción sustancial del sistema de protección social³¹.

La recesión global y el fracaso del proceso de Oslo sumergieron a la economía israelí en una grave desaceleración. El PIB israelí disminuyó un 0,9 por 100 en 2001 y un 0,8 en 2002, aunque en 2003 se registró una recuperación del 1,3 por 100. El PIB per cápita disminuyó en estos tres años en un 3,2 por 100 en 2001, un 2,8 en 2002 y un moderado 0,5 en 2003³². La recesión, asociada a un pronunciado aumento del gasto militar debido a la *intifada*, provocó seis rondas de recortes presupuestarios y de cambios económicos estructurales entre septiembre de 2001 y septiembre de 2003. Desde el punto de vista monetario global, los presupuestos del Estado sufrieron un recorte de cerca del 20 por 100. Desde un punto de vista político-económico más general, los efectos acumulativos de la austeridad presupuestaria y de los cambios estructurales fueron en claro detrimento de los intereses de la clase trabajadora. Los índices de empleo, salariales, de sindicalización, de servicios sociales y de planes de pensiones disminuyeron, mientras que los empleadores se beneficiaron enormemente del aumento de la «flexibilidad» laboral y del descenso de los costes laborales y de la presión impositiva³³.

En efecto, la segunda *intifada* sirvió de telón de fondo para esta reafirmación del giro liberalizador, pero los efectos del recrudecimiento del conflicto estuvieron mediados políticamente por la capacidad de Sharon para neutralizar al Shas y a la clase trabajadora judía. Cuando los ministros del Shas en el gobierno pusieron objeciones al primer proyecto de presupuestos del Estado presentado por Sharon, que incorporaba graves recortes del sistema de protección social, éste —alentado por su coalición entre el Likud y los laboristas— les hizo caso omiso sin mayores miramientos. Unos días más tarde regresaban al gobierno, completamente domestica-

³¹ Michal SHALEV, «Placing Class Politics in Context: Why is Israel's Welfare State so Consensual?», texto presentado en la conferencia «Changing European Societies – The Role for Social Policy», Copenhague, 13-15 de noviembre de 2003, p. 20, n. 14. Esto entra en clara contradicción con la opinión generalizada (compartida por Shalev y por el autor del presente artículo) que imperaba hasta que la transformación actual empezó a hacerse evidente. En un artículo publicado en 1999 en *Israel Affairs*, Shalev observaba que «la economía colectivista, que era el legado histórico de los asentamientos judíos y del conflicto árabe-judío en el periodo anterior a la fundación del Estado de Israel, resulta difícil de dismantelar precisamente porque el conflicto y los asentamientos continúan moldeando los compromisos del Estado». Por el contrario, el recrudecimiento del conflicto y de los asentamientos han sido los verdaderos factores que han permitido la reconfiguración de la economía política del país y la reducción del sistema de protección social.

³² Véase <http://trade.walla.co.il>, 16 de marzo de 2004.

³³ Entre 1980 y 1996 la presión fiscal total en Israel cayó del 42,3 al 37,3 por 100. El tipo impositivo sobre las rentas de las empresas cayó del 61 por 100 en 1984 al 36 por 100 en 1996; véase Uri Ram, «The Promised Land of Business Opportunities»: Liberal Post-Zionism in the Global Age», cit., p. 234.

dos, para aprobar el presupuesto. En su segundo gobierno, creado en 2003, Sharon dejó completamente fuera del mismo al Shas e incluyó a su mayor adversario, el Shinui, un partido de clase media liberal y políticamente conservador (aunque practicante de un anticlericalismo militante), que fue el gran triunfador de las elecciones de 2003, al pasar de seis a 15 escaños en la Knesset³⁴.

Fue precisamente la marginalización y la exclusión final del Shas lo que permitió que el gobierno de Sharon realizara su única contribución a la economía política israelí: la reducción del sistema de protección social. Mientras que las rentas de los trabajadores y, cada vez más, de la clase media, dependientes del mercado, continuaron cayendo constantemente durante el mandato de Sharon, los recortes en las transferencias y en los servicios sociales se profundizaron espectacularmente. Durante la primera legislatura con Sharon en el gobierno, entre 2002 y 2003, las pensiones de jubilación perdieron un 10 por 100 de su valor, mientras que los subsidios garantizados, que reciben los más pobres entre los pobres, se redujeron un 20 por 100, y las ayudas a las familias monoparentales, un 28 por 100 de su valor. Las ayudas a la familia, de carácter universal, perdieron una media de un 20 por 100 de su valor para las familias con dos hijos; los subsidios del seguro de desempleo perdieron un 23 por 100. Mientras que el desempleo ascendió de apenas un 8,5 por 100 cuando Sharon tomó posesión de su cargo cerca de un 11 por 100 en 2004, en 2003 sólo el 23 por 100 de los desempleados recibía algún tipo de ayuda, en comparación con un 39 por 100 en 2001³⁵.

La capacidad de Sharon para ignorar al Shas y romper la parálisis social se desprende directamente del hecho de que, a diferencia de sus predecesores desde 1992, ya no trataba de hacer concesiones a los intereses de la burguesía mediante un acuerdo de paz con los palestinos. El intento de hacer juegos malabares al mismo tiempo con las dos pelotas de las negociaciones de paz y de la liberalización económica fueron la ruina de sus dos inmediatos predecesores, Netanyahu y Barak. Sharon se sirvió del miedo a los atentados terroristas de la sociedad israelí, de su convicción de que no había «interlocutores para la paz» y de su propia reputación militar para silenciar a toda oposición relevante. Para ello se vio ayudado por el cambio de la ley electoral, que permitió al Likud obtener 40 representantes en la Knesset. (En comparación, Barak, elegido con arreglo al antiguo sistema en 1999, llegó a tener una base de poder de sólo 26 diputados.) Esto permitió a Sharon emprender sus dos guerras –contra los palestinos y contra el 90 por 100 de la sociedad israelí– con una brutalidad sin precedentes. Además, el respal-

³⁴ El Shinui se creó concretamente para combatir al Shas y representa a los *ashkenazim* laicos de clase media, incluyendo a muchos inmigrantes de la antigua URSS; véase M. Shalev y G. Levy, *The Winners and Losers of 2003: Ideology, Social Structure and Political Change*, cit.

³⁵ Ruth SINAI, «Más de un 5 por 100 de incremento de la pobreza», *Haaretz* (11 de mayo de 2004); BANK HAPOLIM, *Informe Económico y Financiero* (30 de marzo de 2004), p. 1 [ambos en hebreo].

do total a Sharon por parte de la Administración de Bush desde el 11 de septiembre de 2001 ha eliminado cualquier motivo basado en la *realpolitik* para llegar a un arreglo con los palestinos.

Dividendos de guerra

No obstante, habida cuenta del considerable «dividendo de paz» cosechado por la burguesía israelí, así como de la crisis económica en la que se ha sumergido Israel desde el nuevo recrudecimiento de las hostilidades, el silencio de ese decil de población con las rentas más altas —aquellos cuyo porcentaje del enorme aumento del producto social ascendió del 25 al 30 por 100 durante el periodo de Oslo— podría parecer desconcertante. Sin embargo, el enigma queda resuelto cuando nos damos cuenta de que, en compensación por la pérdida de toda perspectiva de paz y por el estancamiento del PIB, la burguesía israelí recibió de Sharon una profunda reestructuración de la economía que con anterioridad no había podido tener en sus manos. La caracterización que Marx hace de la burguesía francesa, «que en todo momento sacrificó sus intereses generales de clase, esto es, sus intereses políticos, a los más mezquinos y sórdidos intereses privados», resulta particularmente adecuada en este caso. El principal proyecto redistributivo emprendido por el Estado bajo Sharon explica la evaporación de la clase empresarial israelí como fuerza favorable a los acuerdos de paz³⁶.

La posición intrínsecamente contradictoria de Sharon con respecto al poder de clase de la elite israelí queda recogida por Marx en su brillante retrato de los apuros de Luis Bonaparte:

Bonaparte, como poder ejecutivo convertido en fuerza independiente, se cree llamado a garantizar el «orden burgués». Pero la fuerza de este orden burgués está en la clase media. Se cree, por lo tanto, representante de la clase media y promulga decretos en este sentido. Pero, si es algo, es gracias a haber roto y romper de nuevo diariamente la fuerza política de esta clase media. Se afirma, por lo tanto, como adversario de la fuerza política y literaria de la clase media. Pero, al proteger su fuerza material, engendra de nuevo su fuerza política. Se trata, por lo tanto, de mantener viva la causa, pero de suprimir el efecto allí donde éste se manifieste³⁷.

³⁶ A principios de 2004, el servicio de *rating* de Moody's declaró que la política económica del actual gobierno israelí era la mejor de toda la historia de Israel: <http://news.walla.co.il>, 15 de marzo de 2004.

³⁷ KARL MARX, *Eighteenth Brumaire*, pp. 131-132. La animosidad de Sharon hacia el «poder literario» de la clase media israelí se expresa en su ataque a las universidades, en las que podría desarrollarse potencialmente una visión contrahegemónica de la sociedad. Los recortes presupuestarios draconianos y los cambios estructurales forzados, encaminados a debilitar la autonomía de las facultades y a reforzar la intervención gubernamental en la dirección de estas instituciones, fueron decretados en 2003.

En el presente caso esta contradicción se expresa en el hecho de que Sharon consideró necesario tener al menos un partido político que representara a la elite asquenazí en su coalición. Hasta ahora siempre ha logrado encontrar un partido de clase media lo bastante oportunista para sumarse a su coalición: primero los laboristas, luego el Shinui. Para complacer a estos partidos, tuvo que presentarse como si en todo momento estuviera detrás de la consecución de un «plan de paz». Mientras tales proyectos siguieron llegando de manos de Estados Unidos –el Plan Mitchell, el Acuerdo Tenet, la Hoja de Ruta de Bush–, los acogió con mucho gusto, para a continuación convertirlos en letra muerta. En una ocasión adoptó un plan laborista –el muro de separación–, que adaptó hábilmente para sus propios objetivos.

Cuando los estadounidenses, cada vez más enfangados en Irak, se quedaron sin propuestas de paz, Sharon adoptó, con una forma modificada, otra idea laborista: una retirada unilateral de Gaza. De ser tomada en serio, ello significaría la retirada de todos los asentamientos judíos en la zona para finales de 2005, pero la región permanecería con todo rodeada por todas partes por las fuerzas militares israelíes, aislada de Cisjordania y del resto del mundo, sobreviviendo gracias a la caridad de la UNRWA [Agencia de Naciones Unidas para la Ayuda a los Refugiados Palestinos] y de otras organizaciones internacionales. Ni que decir tiene que Sharon no concibe esto como un primer paso hacia un acuerdo de paz más amplio con los palestinos, o incluso para la reanudación de las negociaciones. Desde que presentó la idea, los ataques israelíes en la Franja de Gaza se han vuelto aún más sangrientos, lo que ha provocado una gran cantidad de muertes palestinas, incluida la de los dos principales líderes de Hamas, así como la devastación total de Rafah. Mientras tanto, en Cisjordania la actividad de los asentamientos se ha intensificado y el proceso de guetización de las comunidades palestinas mediante controles, cortes de carretera, carreteras paralelas y el muro de separación se ha acelerado.

El verdadero motivo por el que Sharon propone la «retirada» de Gaza podría haber estado ligado a los problemas legales a los que se enfrentaba en ese periodo, así como a las dificultades que Estados Unidos estaba (y sigue) encontrando en Irak. Las acusaciones de corrupción abundaron con motivo de la elaboración de la lista electoral del Likud para las elecciones generales de 2003, que incluían, por primera vez en la historia de Israel, la denuncia de que elementos ligados al crimen organizado habían comprado puestos seguros en la lista. El propio Sharon y dos de sus hijos, uno de los cuales fue elegido representante en la Knesset en 2003, fueron sometidos a una investigación penal por una serie de supuestas ilegalidades, que comprenden desde la obtención de fondos ilícitos para la campaña electoral al soborno. David Appel, un conocido promotor inmobiliario y el principal constructor del Likud, fue procesado por el soborno personal de Sharon cuando éste era ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno Netanyahu, mientras que el Fiscal del Estado (el principal abogado del Estado, cuya posición jerárquica le coloca inmediatamente por debajo del Fiscal General) reco-

mendó que el primer ministro también fuera procesado³⁸. Finalmente, sin embargo, el Fiscal General, nombrado por el gobierno de Sharon poco antes, rechazó la recomendación del Fiscal del Estado e incluso dudó públicamente de los motivos que podían haberle llevado a solicitar el procesamiento. Mientras que una serie de nuevas investigaciones siguen su curso, de momento los problemas inmediatos de Sharon se han aliviado.

¿Una fórmula sostenible?

La fórmula política de Sharon –sobornar a la burguesía, alimentar las ilusiones nacionalistas y militaristas de la clase trabajadora judía y bombear los temores israelíes al terrorismo palestino– ha funcionado hasta ahora generosamente. Sin embargo, ¿hasta qué punto puede resultar viable a largo plazo? Según Marx, el esquema bonapartista es intrínsecamente inestable, toda vez que se basa en una parálisis social que no puede persistir demasiado tiempo. En nuestro caso particular, una vez conseguida la reestructuración económica tanto tiempo anhelada, la burguesía israelí podría impacientarse con la economía renqueante que conlleva casi inevitablemente la guerra de politicidio de Sharon, así como con el sentimiento general de pesimismo que ha invadido a la sociedad israelí desde 2001. Por su parte, la clase trabajadora judía podría empezar a inquietarse si continúan bajando sus niveles de vida (el Likud sufrió una aplastante derrota en las elecciones municipales celebradas en 2003). Mientras que las discrepancias dentro del ejército han sido hasta ahora insignificantes, en el pasado –en particular durante la invasión del Líbano por Sharon en 1982– llegaron a un grado tal que entraron directamente dentro de los cálculos militares y políticos. No resulta inconcebible que las crecientes brutalidad y futilidad de la guerra contra los palestinos lleguen a afectar al deseo, tanto de los reclutas como de los soldados de reserva, de servir en el ejército.

Sin embargo, a pesar de estas contradicciones y tensiones internas, el actual régimen político-económico-militar de Israel probablemente podrá tenerse en pie mientras cuente con el apoyo estadounidense. De ser necesario, Estados Unidos puede sostener la economía israelí con unos costes relativamente asequibles, mientras que el apoyo estadounidense brinda una legitimidad interna al Estado israelí y a sus políticas. Bien es cierto, como señalara Marx, que el poder del Estado no puede suspenderse en el aire. Sin embargo, a diferencia de la Francia del siglo XIX, el Estado israelí cuenta con una pierna externa en la que apoyarse, que no es otra que Estados Unidos. Puede, por lo tanto, prescindir con mayor facilidad de la necesidad de satis-

³⁸ Si Sharon hubiera sido procesado, el Shinui, un partido que ha hecho de la lucha contra la corrupción su bandera, se habría visto sometido a una fuerte presión para que abandonara el gobierno. Sharon habría intentado conservar su mayoría en la Knesset incorporando de nuevo a los laboristas al gobierno con el plan de Gaza, sólidamente respaldado por éstos.

facier incluso de manera ilusoria los intereses de cualquiera de las principales clases sociales de Israel. Sin embargo, este puntal externo tiene sus costes. Si en algún momento tuviera que ser retirado –tal vez a causa de un empeoramiento del cenagal iraquí–, la caída podría resultar muy dolorosa.